

2011

Sylvia Molloy, amiga y excepcional borgista

Arturo Echavarria

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Echavarria, Arturo (Primavera-Otono 2011) "Sylvia Molloy, amiga y excepcional borgista," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 73, Article 11.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss73/11>

This Tributo a Sylvia Molloy is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

SYLVIA MOLLOY, AMIGA Y EXCEPCIONAL BORGISTA

Arturo Echavarría
Universidad de Puerto Rico

Para Sylvia, invocando el Edelweiss

Nos conocimos en París. Sería a fines del verano o en el transcurso del otoño de 1967. Fue, lo recuerdo con nitidez, en la casa del gran crítico de arte Damián Bayón. También aún recuerdo con precisión la dirección exacta de su apartamento: 105 Quai Branly. Bayón era argentino y europeo “por vocación”, “europeo por vocación” como confesó serlo Julio Cortázar en una de sus cartas a los Jonquières desde París que Alfaguara publicó recientemente. Bayón, además, y por voluntad propia —o quizá habría que precisar, por un acto de gran generosidad — había asumido *ex profeso* las funciones de cónsul de Puerto Rico en París. Puerto Rico, como es sabe, no tiene la potestad jurídica que le permita tener representación diplomática y cultural en el extranjero. Cuando universitarios o artistas puertorriqueños pasaban o, como era mi caso, se instalaban en París, Damián nos acogía con benevolencia y amistad. Fue en una cena *à trois* en el Quai Branly —Bayón, Sylvia y la persona que esto escribe— donde se inició nuestra amistad. Desde entonces, hemos compartido muchas cosas, entre ellas el mayo del ’68 en París, en el que hubo turbamultas, escaramuzas con la CRS (de las que, uno y otro, salimos ilesos, sobre todo Sylvia, que en un momento peligró en un zaguán del Quartier Latin, creo —pero ese es otro cuento que dejo para mejor ocasión). Y luego hemos compartido, más allá de lugares dispersos por el globo (además de Francia, los Estados Unidos, la Argentina, México y Puerto Rico en dos ocasiones) y de muchas y buenas amistades —la de Enrique Pezzoni, entre ellas— otras actividades que

prefiero llamar vitales. Hemos sido compañeros de ruta en lo tocante a carreras profesionales y vocaciones.

Cuando nos conocimos, ambos nos encontrábamos en pleno proceso de formación. Sylvia estaba terminando su doctorado y yo reanudaría pronto mis estudios de posgrado en los EE.UU. Para esos años, sospecho que ni uno ni otro vislumbrábamos que íbamos a compartir a Borges —y también a Rubén Darío, dicho sea de paso— como uno de los intereses centrales de nuestra actividad de crítica literaria. Pienso —y también estoy meramente adivinando— que uno y otro albergábamos ya la vocación que nos llevaría a escribir cuentos y novelas, pero de eso no se habló entonces. Y ahora, que han pasado tantos años, estamos redondeando nuestras carreras como críticos, como escritores de ficción, como amigos.

He aludido a Borges como uno de los intereses centrales en lo que toca nuestra actividad de crítica literaria. La contribución de Sylvia a ese campo de estudios tiene un peso considerable. Su libro *Las letras de Borges*, publicado en 1979, y del cual hay una versión revisada en inglés con el título *Signs of Borges* (1993), es hoy por hoy un clásico. Un clásico en el mundo de los estudios literarios —y subrayo el mundo de los estudios literarios— es un ensayo o una serie de ensayos que ilumina de tal modo los textos en cuestión que se convierte en un comentario de consulta obligada en torno a la obra que estudia. Es un comentario que, en el mayor de los casos, no envejece. En cierto modo, se convierte en parte de la obra misma objeto de estudio.

La profesora Molloy caracteriza el discurso borgiano como uno inestable, de evidentes fisuras, de letra móvil, fundamentado en una superficie textual llena de hiatos, y donde se evidencia una y otra vez la discontinuidad. Con estas imágenes, Sylvia Molloy establece la extrema movilidad y plasticidad del texto borgiano y lo demarca, como creo que ya es evidente, como un fenómeno verbal que se examina a sí mismo, que se vuelve sobre sí mismo. La noción de la obra literaria de Borges como un laberinto verbal, la concepción del texto literario como un orbe de lenguaje propenso a la discontinuidad y a lo fragmentario, es decir, el llamado a considerar el discurso borgiano desde el lenguaje mismo, contribuyó de una manera definitiva, me parece, a una nueva apreciación del corpus del gran maestro argentino. Como toda contribución que importa, la visión de Sylvia Molloy se compenetra con la de Borges. Podríamos decir sin temor a equivocarnos que *las letras de Sylvia* forman parte, hoy por hoy, de *las letras de Borges*.

Para esas letras, y para quien las trazó, para la novelista, va toda mi admiración, mi devoción y mi afecto. Enhorabuena.